

COMO UMBRAL : UNA REMEMBRANZA

por Jorge Zalamea

Presencia de México

Dieciocho años es corto tiempo para conocer a México, para comprenderlo y amarlo. Tan variado es su paisaje, tan fabulosa su historia, tan profusa su expresión artística, tan esquiva y honda el alma que se fraguó en los siglos para recibir la herencia de cien encontradas castas. Para el corazón precipitado y el ávido entendimiento, llegar a México es como penetrar en una intrincada selva, resonante de muchas voces: insinuantes unas, amenazadoras otras, capciosas, tiernas, brutales, melancólicas, altaneras, maliciosas, enamoradas las que van alzándose a cada paso del forastero para disputarse su atención y atraerlo al recodo más placentero o más oscuro y escondido.

La sola presencia física de México, de la tierra mexicana, es ya una sucesión de contrastes. Puede en su raudo vuelo el divino Quetzalcoatl pasar de las llanuras desérticas a los valles feraces, de las arenas sitibundas a las selvas henchidas de agua tibia, de las sierras calcinadas a los montes nevados, de las tierras del agua escondida a las comarcas de los lagos, de los llanos en que sólo prosperan el cacto y el esparto a las hondonadas de la cordillera en que se multiplican los frutos y una suave brisa menea la hojarasca de árboles que compiten en utilidad y hermosura.

Por pasar de las tierras ingratas al hombre a las comarcas en que más cunde el elote y mejor crece el maguey, se produce esa incesante marea humana que convertirá a México durante siglos en el escenario de uno de los dramas históricos más intrincados, intrigantes y feroces de que fuera protagonista nuestra especie. Desde los valles de los grandes ríos norteamericanos hasta las selvas guatemaltecas, un afanoso ir y venir de pueblos urdirá la trama del gigantesco sarape en que se bordara la historia de la conquista española. Otomíes, mayas y olmecas, chichimecas y nahuas, toltecas y tlaxcaltecas, aztecas y tarascos, zapotecas y

mixtecas, por cuenta propia o transitoriamente federados, luchan entre sí, se destruyen unos a otros y, en los intervalos de la guerra, organizan esos imperios percederos cuya memoria llega hasta nosotros en majestuosos monumentos, en pavorosos ídolos de piedra, jeroglíficos multicoloros, en preciosos utensilios, en alucinantes máscaras, en esculturas soberbias. Uxmal, alunada; Chichén-Itzá, levítica; Palenke, heroica; Tula, profética; Teotihuacán, hieropolitana; Cholula, venusina; Tenochtitlán, guerrera, aun guardan los ecos del teponaztle que congregaba a los pueblos en torno a los santuarios en que competían Huitzilopochtli, el de la espada devoradora, con Quetzalcoatl, el hombre del mañana.

Con una imaginación deslumbradora, un violento sentido poético y una trágica predisposición a la muerte, crean estos pueblos una minuciosa mitología que encadena con misteriosos eslabones el hombre a las estrellas, la tierra al cielo, los dioses a las bestias. Una espiritual geometría une con líneas de luz el cono humeante de los volcanes a las puntas diamantinas de los astros, o en subterráneas espirales busca el punto de confluencia en que la sangre divina se mezcla a la savia de la tierra. Pero mientras así se levantan a esferas del más puro conocimiento y de la más honda intuición, en lo más oscuro de sus almas, en lo más primitivo de su carne albergan y alimentan una tremenda conciencia de su tributación a la divinidad. Si ésta es suficientemente benigna para conceder a los hombres solar fecundo, aire puro, luz bella; si se inclina a poner en sus corazones el valor que da la victoria y el amor que crean las danzas, las esculturas y los templos; si, en una palabra, les da vida, habrán de pagar en la misma moneda las criaturas de los dioses. Un auténtico sentido trágico de la existencia impone a los mexicanos de aquella misteriosa alborada el deber de alimentar con sangre la vida que recibe y los esplendores que ganan. Hay, sin embargo, un momento en que, como si el sopló espiritualista de Quetzalcoatl les inspirase, los conquistadores del Anahuac hacen un patético esfuerzo por dar a los sacrificios humanos un sentido doblemente trascendental: el de creación de un nuevo Dios con cada hombre sacrificado y el de comunión con la divinidad.

Una vuelta más de la rueda del tiempo y acaso se hubiese disipado el vaho de sangre y el olor de cadaverina que rodeaba a aquellos imperios. Acaso el lucero de la mañana, limpiase el corazón de los mayas de aquel tedio vital o aquella curiosidad ultraterrena que tan fácilmente los inducía al suicidio; acaso su rutilante brillo borrara de la frente de los Toltecas el amarillo beso mortal de Tetzcatlipoca; acaso

su frescor matutino pusiese paz en el corazón de los aztecas, movido a guerra por el insaciable Huitzilopochtli.

Pero he aquí que sobrevienen los conquistadores españoles.

Truncárase en tal sazón y para siempre la historia de México, que su pasado sería bastante para que un alma enamorada se hiciese perdediza en tal laberinto de sueño y muerte, de grandeza y misterio, de lujo y arte, de violencia y poesía.

Tras unos pocos años de lucha, desaparecen los imperios mexicanos. Un gris crepúsculo se cierne sobre el alma de los pueblos reducidos a tutelaje. Pero apenas transcurridos cincuenta años, desde la caída de Tenochtitlán, comienzan a brotar, como flores de una inesperada primavera, nuevos templos. Docenas, centenares, millares de templos. De entre las plantaciones de maguey, en los repliegues de la sierra, enfrente al real de minas, a la orilla de los lagos, en cada repartimiento, en cada encomienda, en cada calle de pueblo, en cada plaza de ciudad se levanta una iglesia católica. Parece como si durante los siglos XVI, XVII y XVIII el pueblo mexicano no tuviese otra urgencia ni quisiese otro ejercicio que el de edificar templos para la nueva divinidad, no ya aplacable con sangre, sino con sudor y miseria, que es más lenta la muerte.

Al hilo de una más resignada conciencia de la remisión de la vida la belleza imperecedera de las esculturas totonacas, el vigor aplastante de los Olmecas, la solemnidad del arte teotihuacano, el elegante barroquismo maya, el sentido fúnebre de la estatuaria azteca parecen disolverse en un callado furor ornamental, en una sorda embriaguez decorativa. Cuando la tierra mexicana tiene de hermoso en flores, frutos y pájaros sirve de trampolín al artesano indígena para tallar la piedra de las fachadas y las torres, la madera de los retablos y los coros. La plata y el oro no tienen mejor empleo que el de dar suntuosidad al santuario en cuyo fondo fulge, como un astro intocable e implacable, el nuevo Dios de los Ejércitos.

En Oaxaca, en Puebla, en Cholula, en Zacatecas, en Ozumba, en Salamanca, en Querétaro, en México, en Acolman, en Acatepec, en villorrios y ciudades, en desiertos y serranías, tiene ya la iglesia de Roma más y mejores templos que tuvieron las antiguas deidades de la gente mexicana. De esa gente mexicana que, mientras los españoles y los criollos se disputan el gobierno de su imperio, se sume cada vez más en un obstinado silencio sin orillas, en un silencio que vuela, como negra flecha, hacia el seno de la muerte.

Mintieron las profecías. El hombre blanco no anunciaba el regreso de Quetzalcoatl. Todavía no se alzaba sobre el horizonte el sol de vida que hiciera la existencia de los hombres tan sosegada como los lagos en la aurora, tan pura como el aire del Anáhuac, tan risueña como los valles de México. La indiada desposeída de su propio gobierno, despojada de su propia tierra, destituida de su propio albedrío, sólo podía tener ya por confidente al varón de dolores, tan transido, engañado y abandonado como ella. O a la cándida guadalupana, carne morena de la indiada, tímida intercesora suya ante un tribunal colérico que avivaba los resplandores del infierno en una perpetua admonición contra los lujos y los ocios de la vida temporal.

De un modo u otro, la gente mexicana seguía avocada a la muerte. Ya sin horror de hecatombe, ya sin el bárbaro aullido de los sacrificios, ya sin la trágica convicción de que para no agotar las fuentes de la existencia hay que regalarlas con sangre. Pero con un nuevo pavor ultraterreno y con una inexpresable desgana vital que se acendrabá en el despojo, en el exilio del gobierno propio.

Rasga la grisallosa mudez de este crepúsculo el grito de Dolores. Nuevamente el indio está en pie de guerra por cosa propia, por cosa atañedera a su vida, a la vida. Tres siglos de servidumbre no le han hecho olvidar con qué paso decidido debe entrar el varón en el sendero de la guerra, ni le han entelerido el corazón, ni le han hecho avaro de su sangre. Bajo la guía de criollos y mestizos, libraré las batallas de la emancipación política con un coraje y, también, con una crueldad que nuevamente corrobora su trágico fatalismo, su inenarrable indiferencia por la propia y por la ajena vida.

Durante setenta años, la tierra de México volverá a ser escenario de guerra, teatro de muerte. Cuando no se ven obligados los mexicanos a defender su soberanía contra poderes extranjeros, luchan entre sí para ver de dar a la república recién nacida una amplitud institucional y una base económica en que puedan acomodarse los encontrados intereses de aristócratas y mestizos, de ricos y pobres, de criollos e indios. Hasta que la dictadura porfirista abre un nuevo paréntesis de paz y deja en suspenso por largos años la solución del problema fundamental de México: la emancipación económica e intelectual del indio, su reconciliación con la vida, su acceso al gobierno de la heredad mexicana.

Como un toro que, cegado por su propia fuerza y furor, se precipita del otero al valle,

aventando cuanto le estorba en su embestida y llenando los campos con su cálido mugido, así se desata la Revolución tras la tregua porfirista. En las haciendas y en los pueblos no se sabe muy bien lo que la Revolución quiere, pero su llama prende en los yertos corazones de la indiada. Como parece inevitable en México, no hay unidad en el nuevo movimiento libertador: en consonancia con las luchas de los antiguos imperios, villistas y convencionistas, zapatistas y carrancistas combaten por cuenta propia o se ligan transitoriamente en los azares de una guerra a muerte en que se renuevan el furor ancestral, la trágica imaginación, la crueldad casi mística de los tiempos de Huitzilopochtli.

Cuando la paz vuelve a los campos, el pueblo parece haber ganado su más áspera y decisiva lucha. Los gobiernos revolucionarios comienzan a restituir la tierra a sus dueños naturales, a abrir escuelas para los siervos de la gleba, a dispensar las libertades que antes se negaran. Y se ofrece un ancho camino a los humildes para llegar a la preeminencia y al mando. Pero, y aquí reside a mi entender el más hondo problema de México, el pueblo en trance de definitiva liberación parece desentenderse de su propia obra. De su propio destino para sumirse de nuevo en el silencio, en la desgana, en la despreocupación por las cosas de la vida. Es como si la herencia de los mayas, tan dados a la eutanasia, viniese a agregarse el eco lejano de aquellos españoles a quienes agradaba escuchar, a la hora de la queda, dilatarse por las calles en sombra de los poblados aquel tremendo pregón: no hay nada que más despierte que pensar siempre en la muerte.

En lo puramente aparential y temporal, México progresa, se enriquece, aumenta su cultura, consolida su posición internacional. Pero en lo más hondo de sus entrañas continúa llevando el peso de millones de seres que parecen haber dimitido de la vida y vagan, con una quieta desesperanza, por los campos que un ruiñón sol calienta y el más puro aire de la esfera baña.

Para quien ame a México con auténtico amor, nada será tan inquietante como este contraste entre la magnificencia de la patria mexicana y el desaliento de la masa mayor de sus pobladores. No es fácil para el lenguaje encarecer la hermosura y riqueza de este suelo; ni alcanza la memoria a dar albergue a las historias fabulosas de los cien imperios que lo hicieron ilustre con sus hazañas y monumentos; ni puede tener la pretensión el entendimiento de hacer el inventario de las obras con que el pintor y el poeta, el orfebre y el arquitecto, el alfarero y el músico, el tejedor y el bailarín, el dramaturgo y el ensayista dieron a México el primer lugar entre las

naciones de América por razón de arte y de inteligencia. Todo aquí se confabula para formar el hogar de la alegría, la casa de la belleza. El orgullo nacional tiene, como en pocas naciones del mundo, ancha, solidísima base. Para el resto de América latina, México fulge como un símbolo. En un mundo nuevo en que la justicia y el bienestar fuesen para todos, en que se internacionalice la democracia, en que el trabajo adquiriese precio humano y tuviese el sentido de un noble juego, en que los valores espirituales se colocasen en el ápice de las jerarquías, México tendría el fulgor indeficiente del lucero de la mañana, de la clara estrella de Quetzalcoatl. Pero para que ese destino luminoso se cumpla es menester reconciliar al hombre con la vida, reeducarlo en el amor por la vida, encenderlo en las altas esperanzas de la tierra.

He ahí, a mi entender de enamorado, la espléndida tarea que estos tiempos traen para las nuevas generaciones mexicanas. A ellas la ardua empresa. Y el galardón maravilloso.

MÉXICO
EN LA
POESÍA
COLOMBIANA
Posadas



JOSÉ GUADALUPE POSADA
GRABADO